

¿Pizza, birra y faso?

En un encendido *Manifiesto contra la juventud* aparecido en los 90', Gilles Lipovetzky (el filósofo cuya inteligencia sirvió de inspiración a más de un documento emanado de la recientemente jubilada Ley Federal de Educación) descarga una batería rimbombante de impropiedades contra los jóvenes¹. Raro gesto en un pensador astuto que repite un lugar común de los tiempos presentes: diagnosticar y condenar lo que pasa sin incluirse nunca en la serie esquivada de causas cuyo resultado no es otro que aquello que se condena, o, para decirlo de un modo más pedagógico, omitir que la educación pone en acción siempre una responsabilidad adulta y que ese presente en el que vivimos no es más que el resultado de nuestras acciones, es decir, acciones de los adultos que poblamos ciudades como la sórdida Buenos Aires de Pizza, birra y faso. Podemos fingir no saber. Podemos hacer como que estos nuevos y lozanos habitantes que recorren los espacios públicos provienen del cielo o son productos fallidos, distorsiones menores, accidentes pasajeros que el azar, los tiempos que corren o las circunstancias fortuitas dejan a su paso. Pero así no vamos muy lejos. Al fin y al cabo (¿es preciso recordarlo?) nadie nace Pizzabirrafasero.

Los jóvenes protagonistas de la película (Córdoba, Pablo, Frula, Megabón y Sandra) sirven como modelo negativo: en cierta forma encarnan lo que no queremos que sean nuestros hijos. Tanto literal como metafóricamente, les tememos. Son muy pocos los que se aventuran a contarlos, hacerles un lugar, ofrecerles otro destino. Nuestra olímpica ignorancia no cancela la evidencia: esos pibes viven “*entre*” nosotros aunque no siempre, tal vez cada vez menos, “*con*” nosotros. Como obstáculos que deben ser sorteados, ¿será mejor perderlos que encontrarlos? Esa fantasía tiene larga vida. El deseo de exterminio es tan viejo como el tiempo. Frente a su omnipresencia (están quienes se quejan al verlos proliferar y recuerdan a cada paso el esfuerzo que requiere no cruzarlos en la ciudad) uno apura el paso, desvía la mirada. Muchos de nuestros retoños, adolescentes urbanos de clase media han padecido esa forma de gris hostilidad que la película se empeña en mostrar.

El Cine, el Nuevo Cine Argentino², los encuentra vagando por las calles, esclavos libres de la inmediatez, fumados, chupados, *en banda* y sin más rutina que la fraternidad azarosa. Los encuentra y los inventa. Su deambular llega al destino que todos imaginamos. Uno casi sabe desde el comienzo cómo termina la película, esa y cualquier otra película que cuente una historia similar; o, si se quiere recurrir a la prosa siempre eficaz de Juan José Saer, uno conoce bien *la ilusión tenue de lo humano que, del nacimiento a la muerte, sin salida, les confisca la pobreza*. Es una vieja historia. Aquellos a quienes les ha sido confiscado casi todo, aprenden más rápido a replicar el arte mismo que han experimentado en sus propios cuerpos. De confiscado a aprendiz de confiscador se teje una historia gobernada por lo inminente de aquello que parece haberse escrito mucho antes.

Pero a ese saber de antemano lo que vendrá no le sigue ni la queja, ni el lamento, ni la condena. Produce ciertos efectos especiales: rabia, claro. Temor también. Constatación. Es una película que constata. Hace saber. No denuncia sino que anuncia. Aquí están, ésta es nuestra simiente. Son también nuestros hijos.

Como la vida de estos pibes, el film empieza y termina en el asfalto. Calle, autopista, taxi, pista, Aeroparque, Ferry... Se repiten sin éxito los lugares y los móviles para irse. Película de huidas y de accesos. Irse. Acceder ¿Adónde pueden ir estos pibes? ¿A qué les está permitido acceder? ¿Se puede uno trasladar si no hay ningún lugar ni para llegar ni para salir? ¿Se puede acceder a ninguna parte? Los vemos condenados a permanecer en el mismo lugar, una y otra vez, en esa menesterosa Buenos Aires llena de salidas y sin salida; sucia, áspera, poco resplandeciente, apta para asustar a turistas. "Superí", anuncia un cartel que indica a la vez, un norte, un acceso a un norte al que nunca se llega.

En un sutil análisis comparativo entre *Pizza Birra y Faso* y *La Ciénaga*, Gonzalo Aguilar ubica el comportamiento de estos jóvenes en el interior de lo que llama "nomadismo contemporáneo". Aguilar no está interesado en la jerga. Su análisis es asequible. Nomadismo es "un estado contemporáneo de permanentes movimientos, traslaciones, situaciones de no pertenencia y disolución de cualquier instancia de permanencia. Podría, sin duda, hablarse de migración o diáspora, pero la virtud del término nomadismo está en que excede la cuestión nacional o comunitaria: se trata, antes que nada, de un tránsito por unos espacios en los que ninguno llega a convertirse en punto de retorno (rol que, tradicionalmente, le correspondía al hogar familiar, al edificio religioso o al suelo patrio)" (Aguilar: 2006).

Paradójico nomadismo sin nomadismo en tanto nada parece cambiar de estado. Como si la agitación del que no tiene hogar ni lugar, lo condujera a ninguna parte, a la misma parte. Nomadismo raro de la repetición. Tal vez estos sean al fin los pibes que expresan las formas del nuevo sometimiento: el que pudiendo moverse no se puede ir. La película no retrata al desplazado sino al que no se puede desplazar (aun en su aparente hiperkinesis), el que está condenado a permanecer en el mismo lugar.

Voluntad de realismo, hiperrealismo, cine social, costumbrismo, cruda realidad, cine generacional, no sé qué... Uno se pierde entre tanto mote que intenta atrapar la eficacia del film. Uno de sus directores se esfuerza por poner orden a la voluntad interpretativa. "No sé qué es el cine social (...) no me interesa *contar una realidad* sino una historia". El sociólogo Zygmunt Bauman, en uno de sus libros *líquidos*, ofrece su afán de coleccionista y nos pone en la mesa de trabajo una definición exhaustiva de eso que llamamos *realidad*, que se ajusta -dice- a la descripción clásica de Emile Durkheim: algo que fija, que "instituye fuera de nosotros ciertos modos de acción y ciertos juicios que no dependen de cada voluntad individual tomada por separado"; algo que "es reconocible por su poder de coerción externa" y por "la resistencia que ofrece ante cada acción individual tendiente a contravenirlo".

La realidad social que muestra la historia filmada por Caetano y Stagnaro cabe en esa definición: nos coacciona y es como una roca de difícil solución. Pero si uno consigue sortear dos tentaciones conocidas -la idealización de lo marginal y la idealización de lo popular (ambas recordadas con presteza por Aguilar)- se percata que Frula, Córdoba, Megabón, Sandra y Pablo son la señal de una tarea (educativa, claro) inconclusa.

Los educadores tenemos una expresión elocuente para describir el trayecto que media entre lo que nace y se hace: lo llamamos *educación*. Decimos: educar es dar armas para desenvolverse en la vida... Y ahí están al fin, armados. No deberíamos distraernos. ¿O es que la crianza, el cuidado, la formación y el trabajo no tienen nada que ver con el comportamiento de estos pibes? ¿O no hay entre sus comportamientos y nuestras acciones algún tipo de relación? Dice Javier Trímboli (1998) en su esfuerzo por pensar el cine de los 90': "Estos nuevos habitantes de los márgenes ni siquiera pueden ser buenos ladrones. No sólo se alejan del modelo Rififi sino que, a su lado, los personajes del cine negro más violento parecen reflexivos. Pizza, birra y faso no se puede dibujar como un policial porque estos pibes en su impericia fallan permanentemente. Decía impericia, trato de ser más claro. Los suyos son cuerpos y voluntades que ni siquiera han conocido el disciplinamiento del trabajo. De ahí su endeblez, sus distracciones letales".

¿Importa saber qué *planes educar* les fueron repartidos tempranamente? ¿Importa saber cuántos son, dónde viven, qué sueñan? Adriana Puiggrós (1995) escribió, también en los 90', que no sabemos lo que hace la gente que no usa tarjeta de crédito. Es cierto, no sabemos o rara vez sabemos. Nuestra única pista al respecto, y nuestra capacidad descriptiva sobre la emergencia de nuevos personajes y nuevas prácticas urbanas, suelen limitarse a la contemplación televisiva, ocasional, quejosa, inútil. Si la película tiene un mérito (si algo del cine entra en esa palabra) es recordarnos como es que la educación funciona en nuestra ciudad o, para ser más estrictos, como es que en ocasiones no funciona.

¿Una única salida?

Cuatro amigos. Una ciudad. Una única salida³. Eso dice el *tagline* que presenta la película en la imperdible Imdb⁴. Jóvenes sin salida. Debe haber un buen número de películas que llevan ese nombre o similar. Pero en ésta, inaugural, se muestra como pocas veces ese no poder irse, ese no poder salir, esa quietud obligada.

Es que en educación, como en ningún otro sitio, la idea de salida tiene su lugar. Ya sea por el doble sentido que conjuga la acción educativa: salir y solucionar, es decir moverse (salir adelante), y acceder (salida laboral). No hay educación sin una idea de salida, rondando. No la hay sin acceso. Pero por motivos que este texto no puede analizar, hemos terminado por creer que el acceso y la salida son

el buen acceso y la buena salida. Y no lo son. Al menos no necesariamente. Veamos un ejemplo de otro ejemplar, candidato a trabajar en una nueva versión de Pizza, birra y faso, pero importada, brasilera. Cuenta un fragmento de su vida sin accesos:

“Yo era un niño, yo también era diferente, pero después uno comienza a ver tantas cosas, yo tuve que aprender a ser malo. Si vos no pegas, cobrás... Tenés que aprender lo que tenés que hacer, tenés que aprender a correr. Por ahí, vos no tenés nada que ver pero cuando empiezan los tiros, la gente corre con los traficantes. Había veces en que no tenía nada que ver, estaba en una casa llena de traficantes y la policía llegaba y quería matar a todo el mundo. Entonces, si vos no corrés morís. Y si vos no corrés detrás del traficante, la policía te agarra y te mata, entonces tenés que escoger qué vas a hacer. O corrés y huís con los traficantes, porque los tipos conocen más la favela y están armados o te quedas con la policía que te agarra, te pega, y te va a matar. Nadie quiere eso para uno. (J.Castro. 2001; 71)”.

Nadie quiere eso para unos y para otros. Lo que uno quiere es encontrar la salida. ¿Cuál? La que esté disponible. ¿Cualquier salida? Sí, cualquier salida históricamente disponible. ¿Y cuál es la que se impone? Bueno, la que tiene éxito, *exit*, la que permite resolver mejor un problema. Una pregunta pedagógica elemental: ¿Cuáles, cuántas, de qué tipo y forma son las salidas de Pablo, Frula, Sandra, Megabón y el Cordobés?

Mientras este texto toma su forma, el zapping nos ofrece un psicólogo canoso, del que no se sabe nunca su nombre, hablando con ese raro objeto nacional llamado Mauro Viale. El canoso le dice a Viale: “Los padres no le dicen a los chicos para qué al fin hay que estudiar. Les mienten”. ¿Qué deberían decirles? -interviene y arremete Viale-, ¿qué estudien para trabajar? ¿Para ser hombres de bien? “No, no”, asevera el canoso. “Tienen que estudiar e ir a la escuela para ganar plata”. Ganar plata... Viale se indigna y cita, criticándolo, un libro best seller de kiosco que algún día habremos de leer. Algo así como Padre rico / Padre pobre.

Los pibes de Pizza, birra y faso, son los mejores alumnos del psicólogo canoso. Pero no precisan ir la escuela para (¿mal?) aprender a ganar plata. Los pizzabirrafaseros nos muestran que la escuela no es útil para todo ni para todos, como dice la gente. Nos enseñan también los límites de lo posible, en clave escolar. ¿Para qué quieren dinero estos chicos? Suponemos que para escapar, ¿para *empezar de nuevo*? El dinero que falta ocupa todo el lugar. Pero también el dinero es para despejar, para mitigar, para aguantar un poco la supervivencia, la sed, que no es de vivir sino de sobrevivir. Sobrevivir en las callecitas de buenos aires que ya no tienen ese no sé qué, *ese qué sé yo*, y sí la nada misma. Tienen la nada porque ese dinero está ganado para ser perdido. La película es una película sobre la no posesión, sobre la imposibilidad de poseer (aunque el hijo por venir - que no será del cordobés sino de Sandra- simule desmentirlo), sobre la vida del que no tiene algo, para ganar o perder. Y no, porque ya no existan “grandes valores” o los hayamos perdido. Y no, porque no haya futuro. Es algo más

complejo. Es la historia del que no tiene nada, en tanto el verbo tener, en sus versiones de poseer, mantener, guardar (asir o mantener asido algo, dice la Real Academia), nunca se activa. O, cuando se consigue, se “tiene” sin mantener, ni poseer, ni guardar, es decir, en sentido estricto, no se tiene; o, lo poco que se alcanza a tener se consume, se esfuma, se liquida. Como la birra, la vida se liquida.

Si uno improvisa un esforzado esfuerzo es posible identificar, en mínimas dosis, mutualidad, aprecio y cuidado recíproco. Son como fichas que no siempre alcanzan pero ayudan a la hora de sobrevivir en la ciudad. La responsabilidad, y el tener que responder por los propios actos, entran en escena cuando lo único que tiene chances de albergarse (el hijo que sin nombre todavía no termina por ser), se introduce en el intercambio verbal. En el fondo nos queda una serie de oposiciones bien conocida y a veces, en grados diferentes, experimentada. Trabajo vs. Robo. Calle vs. Hogar. Estudio vs. dinero. Es que hasta para ir a bailar se precisan medios de orientación.

“Buscate un laburo como la gente”, dice alguien; y es rara la expresión. ¿De qué gente hablamos? Caetano respondió hace poco tiempo, en una entrevista realizada por Ezequiel Fejler para la revista *Hecho en Buenos Aires* y antes de estrenar *Crónica de una fuga*, lo siguiente: “Hay que ver gente, no realidades sociales ni verdades universales. Hay que ver gente y cuando vos ves gente, entre esa gente hay mundos, y ahí está lo atractivo: los mundos que hay adentro de cada gente”.

Una pregunta (del cordobés) dirigida a alguien (Sandra) interrumpe lo que ya está de antemano interrumpido, lo que siempre está por empezar ¿Pensás que puedo ser un buen papá? Nadie contesta. Nosotros tampoco aunque estemos tentados. Tememos escribir un libro de autoayuda. Atrévete, *just do it*, deja ya de robar, cambia tu vida, bla, bla, bla.

¿Pizza, birra y faso? ¿Qué si no? ¿Trabajo, escuela y salida?

Referencias Bibliográficas

Aguilar, Gonzalo (2006). **Otros mundos. Un ensayo sobre el nuevo cine argentino**. Buenos Aires. Santiago Arcos Editor.

Bauman, Zygmunt. (2005) **Amor Líquido**. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

Eseverri, Máximo (1998) Entrevista a Adrián Caetano. El cineasta de tu barrio. En busca de la estética precaria. En <http://www.pagina12.com.ar/1998/suple/no/98-09/98-09-24/nota2.htm>. Consulta On line 12/04/2007.

Puiggrós, Adriana (1995) **Volver a educar**. Buenos Aires. Ariel.

Saer, Juan José (2005) **La grande**. Buenos Aires. Seix Barral.

Sloterdijk, Peter (1998) **El extrañamiento del mundo**. Barcelona. Valencia. Pretextos.

Suplemento Sí del diario Clarín. 16 de enero de 1998. http://www.clarin.com/suplementos/si/1998/01/16/nota_1_p.htm. Consulta On Line 10/03/2007

Trímboli, Javier (1998) Cine argentino y pueblo en los 90.

Quintín. Ciudad Oculta. En Revista El Amante. Año 7 N °70 Diciembre de 1997. Argentina.

¹ De la serie que despliega el filósofo nos interesa resaltar lo siguiente: *Contra los jóvenes en general de nuestro tiempo, por su actitud llorona y cobarde. Su falta de imaginación y generosidad. Su pasividad en las propuestas del futuro. Su ovejuna conversión en masas consumistas disciplinadas y acrílicas(...)* *Contra los dóciles lameculos que creen que su juventud es un estado de gracia que les concede el don de la impunidad (...)* *Contra los jóvenes desempleados. Auténticas marmotas en posición sadomizable. Sacos repletos de autoestima, que no se inventan nada ni se van de casa, ni emigran, ni siquiera se disuelven en el aire. Sólo dejan de llorar mientras están bebiendo.* Pueden ver lo restante del aleccionador manifiesto en la Web (Publicado en *El Europeo* en febrero de 1992) <http://www.pagina12.com.ar/1998/suple/no/98-09/98-09-24/nota2.htm>

² Todo indica que con Pizza, birra y faso comienza el Nuevo Cine Argentino. Yo diría también que se inaugura esa sensación de inseguridad urbana que nos acompaña a todas partes y el aprendizaje paranoico y agotador de esquivar a los dobles de los protagonistas que pululan por la ciudad.

³ A los amigos de la Imdb se les perdió un amigo/a en el camino (Son cinco y no cuatro). Suponemos que a Sandra que, por futura madre, deja de ser amiga. Sobre la idea de salida dice Peter Sloterdijk: *El hombre es el animal que no puede irse (...)* *La misma humanización sólo es inteligible como la salida que el animal sin salida se procura en su huida hacia delante. En eso, son los hombres de cabeza a los pies, criaturas de la huida hacia delante, vástagos de la metáfora, de la metamorfosis. En tanto, para hallar una salida, se empeñan en todo tipo de esfuerzos para ser otros, mantienen en marcha la historia de la especie como trabajo para salir adelante.* (Sloterdijk, 1998:59).

⁴ www.imdb.com